

milia española.—*Azotes* de todas clases.—*Columna* de egoismo y placeres.—*Corona* irrisoria de adelantos y progreso.—Concierto europeo.—*Cruz á cuevas* siempre, para España.—Aplicaciones del Libro de Josué.—Og y Sehón.—Ídolos del placer y del oro.—Jordán cerrado.—Mar Rojo que nos envuelve.—Falta del Arca santa y de la vara mosáica.—No caen los muros de Jericó.—*Crucifixión* burlesca é impía.—Túnica inconsútil de la fe y de las tradiciones patrias, sorteada.

Gozos del porvenir, si volvemos al Rosario.—Aplicación de los Misterios gozosos.—*Encarnación* de esta práctica en el hogar doméstico.—*Visitación* de María á esos hogares.—*Nacimiento* del Hijo de Dios, en ellos.—*Purificación* de la sociedad española por el Rosario.—Dos sacrificios, como los predichos por Malaquías.—*Lo perdido* en las glorias pasadas, recobrado y *hallado en el Templo*, por esta devoción admirable.—Reflexiones generales.—Respuesta al excepticismo impío y á la indiferencia religiosa.—Súplica.

SERMON

DE SANTAS FORMAS DE ALCALÁ DE HENARES.

Domine opus tuum; in medio annorum vivifica illud.

Señor, he aquí tu obra; en medio de los años, dale vida.

(Habacuc, c. III, v. 1.)

Así como todo el plan de la Religión augusta en cuyo seno hemos tenido la dicha de nacer, se sintetiza perfectamente en *dogma, culto y moral*, la razón suprema de esa triple sintética división, se encuentra, desde luego, y sin esfuerzo ni dificultad alguna, en *El Libro, La Institución y El Hecho*, ó sea en la Sagrada Escritura, la Madre y Maestra de la verdad, Iglesia Católica, y la Santa y Divina Eucaristía, *Hecho* por excelencia, y consumado por la palabra inefable de Dios y la adoración del hombre, hasta la terminación de los siglos: que á esa palabra que nunca puede faltar, creadora y omnipotente como la de los primeros versos del Génesis, ha venido á unirse, á través de milagros y de maravillas sin cuento, la afirmación constante de diez y nueve siglos de fe y de entusiasmo de los pueblos.

Y no podía menos de suceder así, hermanos míos; porque aun prescindiendo, si fuera posible, por un momento de esa palabra que siempre se cumple, y de esa influencia y apoyo que presta el consentimiento unánime y universal del mundo católico, la Santa y Divina Eucaristía, en su triple respecto de

Misterio, de *Sacrificio* y de *Sacramento*, viene á proclamar, y muy alto por cierto, la necesidad de ese *Hecho consumado* en el seno de la gran familia cristiana: como *Misterio*, completa y afirma el dogma; como *Sacrificio*, eleva y ennoblece el culto; como *Sacramento*, en fin, inspira y sostiene la moral, viniendo así á constituir la más augusta y esplendente manifestación y síntesis de la idea religiosa que he presentado al comenzar, ante vuestro ilustrado criterio.

Ahora bien, mis hermanos: ideas son las que estoy enunciando, que aunque genéricas y fundamentales acerca del adorable Sacramento Eucarístico, tienen, en mi humilde opinión, una muy exacta, cabal y perfecta aplicación á las especialísimas glorias que la antigua y renombrada Compluto celebra hoy en anual, cariñoso y reverente recuerdo y tributo de amor á esas Santísimas incorruptas Formas: su bellísima cuanto autorizada *Historia* no menos que la *Guía del Viajero* en esta ciudad, monumento de admiración y de respeto consagrado á la misma por un insigne Capitular de su Santa Magistral Iglesia, cuya modestia temo ofender si le nombro, porque me está escuchando, vienen á probar de consuno y muy acertada y copiosamente que esas Santísimas incorruptas Formas, á la vez que constituyen la gloria y los laureles de Alcalá de Henares, siendo el más preciado broche de su inmortal valiosa corona, son también la manifestación más espléndida de la Santa y Adorable Eucaristía en su cualidad de *Hecho consumado* en el terreno de la idea católica tal y como la vengo presentando desde el principio; porque constituyen soberana y decisivamente ese *Hecho consumado* bajo tres aspectos: 1.º bajo el aspecto de la fe y del milagro, debidamente autorizado por la Iglesia; 2.º bajo el aspecto de la ciencia y del arte, que proclaman ese *Hecho consumado* en su terreno; 3.º bajo el aspecto del consentimiento unánime, del sentido íntimo, del sufragio universal del pueblo favorecido con tal merced del cielo, y del pueblo que viene aquí á ver y adorar tal maravilla: es, en fin, el hecho, la obra de Dios, vivificada en medio

de nosotros, en nuestros días, según las frases de Habacuc, que he adoptado por tema de mi humilde panegírico en esta materia. Y veis aquí también, señores, en esta triple división de mi pobre y desaliñado discurso: *el Misterio*, que afirma y completa el dogma, en la primera parte; *el Sacrificio*, que eleva y ennoblece el culto, en la segunda; y *el Sacramento*, que inspira y sostiene la moral, en la última: la síntesis, en fin, de nuestra Religión adorable en todas ellas, que procuraré demostrar sin apartarme de su razón suprema, ó sea de *El Libro, La Institución y El Hecho*.

¡Autor de la gracia y de la naturaleza, Dios Creador y Redentor, que á la vez te ostentas, por la razón y por la fe, dos veces maravilloso y omnipotente en esas Santísimas incorruptas Formas! yo, hijo de este Arzobispado, de tan gloriosos recuerdos y tradiciones, pero que resido ahora cerca de otras Santas Formas, incorruptas también, aunque no con tan gloriosos y encantadores detalles, en las márgenes del Duero, en el Real Monasterio de Santa María de las Dueñas de la antigua y tradicional Zamora, vengo aquí á las márgenes del Henares, regadas con la sangre de Justo y de Pástor, para celebrar tus glorias en esa singular maravilla, *Hecho consumado* por excelencia, de tres siglos y en todos los terrenos: sedme propicio, buen Dios; y si mis ruegos y los de mi ilustrado y piadoso auditorio no son bastantes para alcanzarme vuestras divinas luces y vuestras celestiales fuerzas, interpondremos el valimiento de vuestra Santísima Madre, á la que diremos reverentemente con el Arcángel:

AVE MARÍA.

He prometido, hermanos míos, comenzar mis pruebas por *El Libro*, y en su consecuencia abro desde luego la Santa y Divina Escritura, y vengo á abrirla por el Sagrado Libro de los Jueces, porque es el que mejor conviene á mis actuales propósitos.

Sansón, el terror de los filisteos, que más tarde habían de hacer cautiva, con mengua del pueblo de Israel, aquella Arca memorable que era símbolo, figura y profecía del Sagrario católico: Sansón, repito, el hombre de la fuerza admirable anunciado por un ángel á sus padres en el momento solemne del sacrificio, lucha con un león en las viñas de Thamnata y le da muerte, ni más ni menos que David, el pastorcillo trasformado en rey, despedazaba los leones y los osos que acometían su rebaño: ha bajado á Thamnata á celebrar sus bodas en compañía de sus padres y amigos, y porque á los pocos días de esa lucha con el rey de las selvas, tan sólo de él conocida, ha vuelto al viñado y ha encontrado el cráneo de su temible adversario convertido en palacio de las abejas, propone á los convidados el siguiente enigma, atravesando en la apuesta treinta vestiduras completas:

Del comedor salió comida, y del fuerte salió la dulzura.

Y sólo apelando á medios reprobados, alhagando y seduciendo á la joven desposada, á la que en mal hora, como más tarde á Dálila, confiara Sansón sus secretos, logran los comensales darle acertado el enigma: Sansón enfurecido se separa de su prometida, marcha á Ascalón, y despedazando treinta filisteos, arroja á sus convidados las vestiduras de sus víctimas con palabras que prueban ha conocido bien todo el engaño.

Y me diréis: ¿qué relación puede tener ese hecho bíblico con el de las Santas incorruptas Formas? Pues la tiene, y sin violencia en la aplicación, hermanos míos: venid, como vino Sansón al viñado, al colmenar de la Alcarria, citado por Onofre Espinosa, el criado del Marqués de Mondéjar, que lo explica todo, absolutamente todo, después de tantos años de incorrupción y veneración pública de estas Santas Formas.

¡Fuerte León de Judá, mi amante y dulcísimo Jesús, despedazado por manos profanas, recogido por otras más piadosas, escondido entre el amor, el temor, la ignorancia y el aturdi-

miento en el palacio de corcho de los laboriosos insectos que fabrican la miel que simboliza vuestra dulzura en ese maná, y la cera que luce y se derrite como la fe arde y el corazón se derrama ante vuestros altares! ¡Dios mío, que en vuestra vida mortal no tuvisteis, según vuestra expresión de inimitable reproche y melancolía, una piedra donde reclinar vuestra hermosa y bendita cabeza, cuando las aves del cielo tienen nidos para colocar sus polluelos, venid, Jesús mío, venid á Alcalá! ¡que los milagros del colmenar, que los resplandores dibujados en el panal, no son, Señor, bastantes para la gloria vuestra! ¡que este gran pueblo, que entonces comenzaba á nacer y á crecer ante la Europa, en el seno de la España de Felipe II, ese gran Rey, sí, señores, ese gran Rey, tan villana como groseramente calumniado por la moderna pseudo-crítica, os dará, Dios mío, otra custodia mejor y el culto y adoración que merece tan estupenda maravilla!

No puedo, hermanos míos, no puedo, aunque lo deseo y lo intento ya hace algunos instantes, pasar á la *Institución*, á la Iglesia, que autoriza muy luego el culto y veneración de estas Santísimas incorruptas Formas; y es porque no puedo, os lo confieso ingenuamente, apartar mi vista y mi corazón de la Europa, y sobre todo de la España del siglo décimosexto, en cuya agonía cabalmente se entregan estas Sacratísimas incorruptas Formas al P. Juárez, de la Compañía de Jesús, en el secreto de la confesión, por un penitente misterioso, como procedentes de las sacrílegas depredaciones de los moriscos. ¡Ah! Cuando la Europa se estremecía al grito de la malhadada Reforma protestante, que turbaba la paz de los pueblos como la de las conciencias, nosotros éramos grandes y poderosos, y temidos, y elevábamos nuestra voz teniendo en las manos el Sacramento Augusto, blasfemado por Lutero y Calvino, y Beza, y Bucero y Carlostadio, porque teníamos en el trono de dos mundos al gran Rey que he citado hace un instante, y su *intolerancia* nos libraba, mil veces bendita, de la conmoción y desdichas de la Europa entera: y las Santas Formas de Al-

calá venían á coronar la obra del gran Monarca de San Quintín y del Escorial, como si el cielo, agradeciendo al Rey y al pueblo español lo acendrado de su fe, consumara el *Hecho* de la Santa Eucaristía de una manera especial, y como si en la precedencia de esas Santas Formas también quisiera demostrar toda la justicia y toda la razón verdadera de Estado que asistió á Felipe III para expulsar de nuestra patria á los peligrosos y sanguinarios huéspedes que más atrevidos aún que los judíos que sacrificaron á los inocentes niños Domingo del Val, acólito de la Metropolitana de Zaragoza, y Cristóbal de la Guardia, en nuestro Arzobispado de Toledo, y arrastraron la santa efigie del Cristo de la Paciencia en mi natal pueblo de Madrid, y profanaron la Forma Consagrada en Segovia, ellos, repito, los moriscos, bien lo sabéis, provocaron abiertamente y sostuvieron la rebelión contra nosotros, que les dábamos sincera y cariñosa hospitalidad, en las nevadas y escabrosas cumbres de las Alpujarras!

Vengamos ya á la *Institución*, señores: á la Iglesia, que autoriza y proclama *El Hecho* todavía en el terreno de la fe, en el terreno del milagro por ella ratificado.

Misterio que completa y afirma el dogma es la Santa Eucaristía, en general reconocida tesis teológica: pero en el *Misterio* de las Santas Formas de Alcalá, lo completa y afirma de tal manera, que dejándolo completo y firme en el terreno de la fe, lo evidencia y concluye en el de la ciencia y aun en el del arte, como inmediatamente paso á demostrar: pero no pasaré sin citar antes á la Iglesia, que como *Institución* que nos entrega *El Libro* y nos ratifica *El Hecho*, viene á ratificar de una manera explícita, definitiva y solemne el que estamos elogiando, con esa prudencia, esa madurez, ese tacto admirable que siempre la caracteriza, y que es el más brillante mentís á los que la suponen despótica, ignorante y supersticiosa: los nombres del Dr. D. Cristóbal de la Cámara y Murga, Canónigo Magistral de la Santa Iglesia Primada de Toledo y Vicario General de esta Corte Arzobispal, primero; el del Dr. D. Al-

varo de Villegas, también Magistral de la Primada, Gobernador Eclesiástico del Arzobispado, á nombre de S. A. el Sr. Cardenal Infante D. Fernando, después; y por último, el del Ilustrísimo Sr. D. Francisco de Mendoza, Obispo de Plasencia y Administrador perpetuo del Arzobispado por el referido Serenísimo Sr. Cardenal Infante, en sus tres notabilísimos autos, harán siempre constar ante España agradecida y ante la ciudad de Alcalá, santamente orgullosa de su *Hecho consumado*, que la Iglesia Católica, Madre y Maestra infalible de la verdad, sella con su augusta declaración el *Misterio* de estas Santísimas Formas en el terreno de la fe y del milagro.

Venga ahora ya la ciencia profana: venga el arte, señores, á confirmar, si fuere necesario, en este siglo que sabe, tristemente, poner á discusión todo principio de autoridad, incluso el de la Iglesia, la autenticidad de esa incorrupción, de todo punto admirable: que esas Sacratísimas Formas, que por altísima permisión divina creyeron envenenadas por los enemigos de la fe en un principio el R. P. Juárez, el renombrado P. Luis de la Palma, los PP. Pérez de Nueros, Francisco Robredillo, y otros no menos experimentados, sabios y santos varones, serán sometidas á rigurosas pruebas, colocadas en lugar húmedo, de propósito, con otras no consagradas, que en seguida sufrieron los efectos de aquella viciada atmósfera; examinadas por una junta escogida al efecto, en el claustro de esta entonces renombrada Universidad, émula de las primeras del mundo; y los Doctores D. Pedro García Carrero, Médico de Cámara de S. M. y reputado filósofo y naturalista, y sus no menos reputados compañeros Antequera, Artiaga y Vargas, depondrán por la ciencia en solemne y público testimonio de ese hecho maravilloso en el terreno de lo profano; y el arte vendrá también á colocar su piedra en ese edificio de incontrastable verdad y firmeza absoluta, en la capilla construida para su pública adoración, y sobre todo en la magnífica Custodia que á la vista tenemos, generosa y artística donación del insigne Purpurado Espínola, hijo del Marqués de los Balbases, alumno de